

# EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual \* \* \* \* \* Redacción y Administración: Estrella, 110

## Obremos legalmente

En una sociedad bien organizada — y la nuestra se halla en este caso — todo debe hacerse legalmente. Cae un hombre al agua; no debe sacársele sino legalmente. La autoridad debe informarse, no de si el hombre ha sido salvado — esto es de importancia mediocre —, sino de si los que le han salvado tenían el derecho de hacerlo, si estaban provistos previamente de las autorizaciones necesarias, si estaban dentro de todos los reglamentos tocantes á la materia, si lo hicieron de modo que no quebrantase algún texto de ley, algún decreto ministerial, alguna orden gubernativa, en una palabra, si salvaron al hombre legalmente.

Obrar legalmente en un país civilizado es el todo. Yo no digo que sea cosa fácil, porque las reglamentaciones son tan numerosas que ningún hombre, aunque haya consagrado á ello su vida entera, es capaz de almacenarlas todas en la memoria. Pero así resulta más meritorio. Esto es lo que nos eleva por encima de los bárbaros y de los salvajes, quienes, cuando un hombre cae al agua, le sacan antes de tomarse el tiempo de hojear el Código ó de consultar á un abogado. Tanto vale decir que viven como animales. No conocen ese bien inestimable: *la legalidad*.

¿Creeríais que en nuestra época, en nuestro amado gran país de Francia, hay todavía gentes que parece que no conocen la legalidad ó que no se cuidan de ella — lo que es más grave, en mi opinión — y que tienen la inconsciencia, ó la audacia, ó ambas cosas tal vez, de sacar á gente del agua ilegalmente? Es lo que resulta de la sabrosa historieta que sigue, contada por *Le Progrés de Seine-et-Marne*:

«**Parece increíble.** — La semana última, M. Laury, arquitecto de Fontainebleau, dirigiéndose á Héricsy, junto al Sena, oyó gritos de ¡socorro! y se dirigió presurosamente al lugar de donde los gritos partían. Allí le explicaron que un hombre acababa de caer en el río. En pocos segundos M. Laury se desnudó y se tiró al agua. Poco después conducía á la superficie un cuerpo inanimado con el rostro convulso y la lengua colgante.

»El ahogado fué depositado sobre el ribazo. Aunque habían transcurrido más diez de minutos desde que tuvo lugar el accidente, M. Laury sin perder tiempo se puso á practicar las tracciones rítmicas de la len-

gua y los brazos. Durante un cuarto de hora, sin desanimarse, practicó esa fatigante operación, hasta que tuvo su recompensa, pues el ahogado hizo un movimiento y volvió á la vida. Sobre unas parihuelas le llevaron á su casa.

»Entonces el salvador pensó en vestirse. Satisfecho del éxito que acababa de obtener, aun no había acabado de ponerse la camisa y el pantalón, cuando el guarda campestre, provisto de papel y lápiz, se adelantó hacia él preguntándole su nombre y apellido.

»— Es inútil, buen hombre, le respondió el arquitecto; no he hecho más que cumplir con mi deber y no deseo ninguna recompensa por haberlo cumplido.

»— No es para esto, respondió el guardia; es para instruir un proceso verbal por haberos metido en el agua sin el traje de baño, lo cual constituye un ultraje público al pudor.»

Yo espero — todos esperamos — que este arquitecto que se mete á salvar á la gente de un modo que no es legal será perseguido... y burlado! El ejemplo que da es demasiado nocivo. Comprendo que ha salvado un hombre; pero no es esta la cuestión. La cuestión es que se ha desnudado en una ocasión en que la ley lo prohibía. Debe ser castigado, lo mismo que debe ser castigado el que no quiere desnudarse en una ocasión en que la ley lo ordene. Porque lo condenable no es desnudarse, sino desnudarse *ilegalmente*. La ley prohíbe que uno se desnude para salvar á un ahogado; la ley ordena que uno se desnude para sufrir el reconocimiento. Un buen ciudadano debe siempre obedecer á la ley.

Es posible que el ahogado que salvó M. Laury no sea de mi opinión y que prefiera haber sido salvado por un hombre desnudo á que no lo hubiesen salvado de ningún modo. Pues bien, no vacilo en decirlo: es un mal ciudadano! Debería sentir vergüenza por haber sido salvado ilegalmente.

R. CH.

*El día en que no haya opresores ni oprimidos, será una hermosa realidad la paz y prosperidad entre la gran familia humana, que ya empieza á darse cuenta del atraso y la infelicidad en que ha vivido.*

\* \* \*

*El que quiera comer, que trabaje.*

## ¡Cuarenta céntimos de pan, cuarenta días de prisión!

He aquí un hecho que por la inmoralidad y cinismo que encierra basta por sí solo para hacer el proceso de la Justicia histórica, más aún, de la sociedad actual.

Un obrero de buenos antecedentes, que cuando tuvo lugar el hecho origen de su prisión llevaba más de veinte y cuatro horas sin comer, obligado por el imperativo mandato de la Naturaleza que nos dice «conservarás tu vida», entró en una taberna, comió por valor de cuarenta céntimos y trató de partir, siendo detenido y sujetado por varios... hombres por su figura, y en esta situación, fuertemente abofeteado por el dependiente de la taberna, mordiendo á éste, en el paroxismo de la rabia y en defensa propia al verse de tal modo atropellado.

En desagravio de las injurias y golpes recibidos fué conducido á la cárcel modelo, en la que ha sufrido cuarenta días de prisión, y de la que deberá salir gracias á las gestiones hechas por varios amigos y un abogado que esperan conseguir se le conceda la libertad provisional hasta el día en que la causa se vea en juicio oral y público.

Seguramente muchos ignorarán, y conviene que todo el mundo lo sepa que en tiempos del Emperador Carlos I de España y V de Alemania, conocido vulgarmente con el nombre de Carlos V, existía una ley en España por la cual todo el que robaba por necesidad era absuelto.

Ha sido necesario que transcurrieran cuatro siglos, que se hiciera la revolución francesa del 93 y la española del 68, que haya desaparecido el feudalismo, la Inquisición, el absolutismo de los reyes, la denominación del clero, que se hayan vertido ríos de sangre por la conquista de la libertad, que la maquinaria y la ciencia hayan revolucionado el mundo y centuplicado la producción, para que un hombre honrado que después de veinticuatro horas de ayuno contrae una deuda de cuarenta céntimos por pan y sopa, sea abofeteado, sufra cuarenta días de prisión y sólo merced á las gestiones de amigos y abogados se le conceda la libertad provisional.

En el año 1902, un juez en los Estados Unidos absolvió á un negro que había robado una miserable porción de comida, fundándose en que «el derecho á la vida es anterior al derecho á la propiedad».

Si existen casos en que la propiedad y la vida son incompatibles, si según los creyentes la ley divina considera el suicidio como un gran crimen, hasta el punto de negar el clero al suicida lo que aquél llama tierra sagrada. Si el Código lo considera también un delito y lo castiga, ¿qué debe hacer el que se halle en situación de nuestro protagonista? ¿arrastrarse á los pies de los transeúntes para implorar con tono quejumbroso una limosna?

¿Quién sois legisladores? ¿Qué concepto tenéis de la personalidad humana, que el individuo al cual la sociedad niega los medios de ganarse el pan con su trabajo lo colocáis en el dilema de arrastrarse como las culebras haciendo girones la dignidad humana, para buscar el problemático mendrugo ó ingresar en la celdá de la moderna Bastilla?

Dispensad mi torpeza; la herida producida en mi dignidad de hombre al ver á otro hombre encerrado cuarenta días en una celda por haber comido, para salvar su vida, un pedazo de pan, me ofuscaba, me quitaba la memoria, haciéndome olvidar vuestra justicia, vuestros hechos, vuestra historia; dispensad, os reconozco.

Vosotros sois los poderosos accionistas ó consejeros de las grandes compañías de ferrocarriles, en cuyas líneas el exceso de trabajo, de un personal mal retribuido, el defectuosísimo material, la falta de la necesaria vigilancia y apropiados aparatos, los viejos y mal construidos puentes y mil otras causas, hijas todas de vuestra avaricia y absoluta carencia de conciencia y de amor al prójimo producen aquellas tremendas catástrofes en que los tribunales intervienen para declarar que el culpable es el guarda-ajuga, que se durmió, ó el maquinista, que iba borracho.

Vosotros sois los que toleráis el préstamo usurario que arruina al agricultor, despoja al obrero de las ropas de su cama y destroza al país para enriquecer á cuatro bandidos.

Vosotros sois los que reglamentáis la prostitución de la mujer del pueblo, que la ineducación y la miseria arrastra al lupanar, para que á costa de su sangre vivan y medren cuatro alcahuetas y cuatro polizontes.

Vosotros sois los que comprometéis la nación en guerras en que el hijo del pueblo da su vida en holocausto de una ficción y en beneficio de las compañías y de los contratistas que cambian por oro la sangre del pobre.

Vosotros sois los que coartáis al obrero su derecho á la huelga, á reunirse, á asociarse, á hablar, á escribir, conquistado por nuestros padres en cruentas luchas, para que la propaganda de la verdad y de la lógica no pueda alterar vuestra digestión ó turbar vuestros placeres.

Vosotros sois los que, basándose en la inicua ley de la oferta y la demanda, cotizáis en los mercados europeos los brazos á su más bajo precio, como cotizabais los negros en los mercados americanos; los que embrutecéis á nuestros hijos en las escuelas oficiales y los arrancáis de ellas y de nuestros brazos para sepultarlos en las fábricas, donde sólo hallarán la anemia, la tisis, la muerte; los que ordenáis á vuestros lacayos que arrojen á la calle á la familia que las enfermedades ó la falta de trabajo han imposibilitado de pagar el exorbitante alquiler.

Vosotros sois los honrados, los sabios, los justos, que os erijís en directores de la sociedad que hace sufrir cuarenta días de prisión celular al hombre que,

llevando más de veinticuatro horas sin comer, contrae una deuda de cuarenta céntimos de pan.

Vosotros sois, ¡oh, bárbaros é injustos legisladores!, aquellos á quienes el pueblo de mañana maldecirá.

F. C.

## Invierno

Ha llegado el invierno, el viejo invierno, inclemente y adusto. Ha llegado con su túnica de nieblas y de frios, flotando al aire como una gran melancolía; con su corona de zarzas en la frente rugosa y con la nieve de todos los desconsuelos en la blanca barba enmarañada. Ha llegado, silente, fantasmal, sombrío...

El invierno es un tirano. Los pobres le temen. Los ricos le sonríen. Por su parte, el invierno sonríe á los ricos y mira á los pobres con torvo y duro mirar. Los ricos necesitan del invierno después del verano, como necesitan del sueño después de la orgía, y de la *cocotte* después de la esposa. El verano brinda á los ricos la frescura de sus playas, el perfume de sus campos, la alegría de sus días de oro y la majestad augusta de sus noches azules. El invierno les ofrece deliquios amorosos en la penumbra aromada y caliente de las alcobas nupciales; les ofrece excitaciones febriles en los grandes centros del juego; les ofrece sus teatros, sus cafés-conciertos, sus casinos, sus burdeles... Y les ofrece más aún. Les ofrece el placer exquisito de estar abrigados mientras los otros tiritan, de estar enjutos mientras los otros se hallan empapados hasta los huesos, de pasear sus coches por el arroyo donde los otros marchan á pie, descalzos y casi desnudos, bajo el cielo implacable.

Para los ricos, el invierno representa un cambio de sensaciones imprescindibles. Para los pobres, el invierno es la muerte. En el verano, si la ropa estorba por demasiado pesada, se quita y en paz. En el invierno, la ropa no estorba nunca. Se puede pasar alguna que otra noche bajo las estrellas, en el tibio ambiente estival. En el invierno es terrible dormir al raso. Por eso los pobres temen al invierno. Por eso le sonríen los ricos.

Una escena de invierno es la que estoy contemplando ahora desde este hermoso café del bulevar. Llovizna. El agua cae fría y compacta sobre la población, filtrándose en el suelo y calando las ropas de los que marchan á pie. A través de mi ventana veo un continuo desfile de paraguas y de cabezas, de cabezas cubiertas por paraguas y de cabezas sin más protección que un pobre sombrero ó una gorrilla rasda.

Más allá, en el arroyo, trotan algunos caballos arrastrando carruajes de categorías

diversas. La bruma no me permite ver, tras las ventanillas de los carruajes, más que rostros desdibujados, manchas de rostros en todas las cuales se estereotipa un gesto de satisfacción. ¡Oh! Es un gran placer defenderse del frío y de la lluvia, sobre todo, cuando se tiene el convencimiento de que son pocos los que pueden conseguirlo.

En muchos de los rostros que veo desfilar á través de mi ventana, puede advertirse también un mismo gesto, pero no un gesto de satisfacción, sino de angustia, de angustia resignada, en unos; de angustia dolorosa, en otros; de angustia impulsiva, en los más. Y es que, por contraste con los que van en coche por el arroyo, los que marchan á pie sienten, no sólo el rigor del frío y de la lluvia, sino la ira de padecerlos, mientras hay quien los desprecia porque un privilegio infame les pone en condiciones de despreciarlos.

Y las dos expresiones la expresión de alegría y la expresión de angustia, reflejan perfectamente el estado actual de la sociedad, de esta sociedad criminosa donde el dolor de unos produce la satisfacción de los otros y donde la satisfacción de éstos engendran la ira de aquéllos.

Yo miro el contraste. Lo miro con detención y observo que el gesto de angustias es infinitamente más grande, más profundo, más intenso que el gesto de alegrías. Después contemplo los brazos de los que van á pie, y veo que son capaces de volcar todos los coches á través de cuyas ventanillas sonrien provocativamente los favorecidos de la fortuna.

\* \* \*

Ha llegado el invierno, el viejo invierno, inclemente y adusto. Ha llegado el invierno. Ha llegado silente, fantasmal, sombrío...

JULIO CAMBA

## La voluntad de leer

Apenas se habla con un obrero de asuntos relacionados con la lectura, sin que se oiga inmediatamente la consabida frase «no tengo tiempo para leer».

Y, en efecto, poco, muy poco es el tiempo de que dispone el obrero para poder dedicarse á la lectura, pero aun este poco queda reducido á nada cuando no se aprovecha, cuando se malgasta en cosas fútiles ó en pasatiempos á veces perjudiciales, como se dan frecuentes casos, desgraciadamente.

Son numerosos los trabajadores que carecen de una hora al día para leer, pero que emplean, sin embargo, dos y á veces más jugando á las cartas ó al dominó, ya en su domicilio y fuera de él.

Otros leen algo; novelas románticas

#### 4 EL TRABAJO

ó novelas históricas, relatos de crímenes, narraciones de viajes estupendos, inverosímiles, libretos, en fin, que nada enseñan al lector, que no pueden prestarle utilidad alguna y que en vez de contribuir al cultivo de su inteligencia y de su cultura tienden á pervertirla y á desviarla de su verdadero cauce. En este caso no se sabe lo que es preferible; si tragar esas venenosas lecturas ó no leer absolutamente nada. Casi optaríamos por lo último.

Pero no es de la calidad de la lectura de lo que hoy nos proponemos tratar, sino de la cantidad, esto es, del tiempo, que á todos los trabajadores falta, en efecto, pero del que ninguno carece en absoluto cuando se tiene por ella una verdadera voluntad.

¿Quién, en la hora del almuerzo, después de la comida ó de la cena no dispone, á diario, de unos minutos? Suponiendo, pues, treinta minutos diarios y un par de horas durante los domingos y días festivos dedicados á tan saludable ejercicio, se tendría al final del año una suma de cerca de trescientas horas que, empleadas en lecturas útiles, que enseñen algo, pueden contribuir poderosamente á que el obrero no sea el infeliz desgraciado sin conocimiento alguno, sin criterio y sin tener ni una borrosa noción de los problemas que más directamente le afectan en su condición de asalariado y en su manera de ser en conjunto.

Querer es poder, dice el adagio, y tal vez en ningún otro caso puede aplicarse este principio con tanta propiedad como en el referente á la lectura. Se lee cuando hay voluntad de leer, pues por encima de la posibilidad queda siempre, en parte, la voluntad. Son muchos los que disponiendo de tiempo bastante nada leen, y en cambio no pocos de los que para leer han de realizar un gran sacrificio, devoran periódicos, folletos, libros y cuanto les viene á mano.

Pero no es eso precisamente lo que pretendemos, tratándose de obreros. Con que se lean con provecho los periódicos de la clase y algún diario, además de los libros de sociología y otros de conocimientos generales que se van publicando en condiciones relativamente buenas para ser adquiridos, basta. Y eso puede hacerlo todo aquel que tenga un poco de voluntad aunque le escape mucho el tiempo.

(De *La Ilustración Obrera*.)

### Monólogo de un parisién

La psicología se ha puesto muy en boga. Se la aplica sobre todo en amor.

La psicología puede, no obstante, servir para comprender otras manifestaciones.

Fijaos en lo que acaba de pasar á Fres-senneville, población obrera, hasta ahora

muy pacífica, muy sumisa, y, en apariencia, muy resignada con su suerte: en un acceso de cólera ha quemado y pillado las dos torres de sus patronos.

Si recurrimos á la psicología, el hecho se explica fácilmente.

Los patronos y, en general, todos los que mandan, tienen la gran culpa de no ponerse nunca en lugar de sus subordinados, de no meterse dentro de su piel, como se dice vulgarmente.

Así es que no se dan cuenta del efecto que sus actos producen en el espíritu de sus subordinados y de los efectos que engendran.

Los dos patronos de Fres-senneville han hecho una rápida fortuna y quieren gozar de ella.

Hasta aquí nada tiene de particular. Pero donde la torpeza empieza, donde el desconocimiento del corazón humano se convierte en una falta y un peligro, es cuando los patronos hacen construir sus palacios próximos á sus fábricas, para pasar en ellos una existencia feliz.

Y no se les ocurre que los obreros establecerán comparaciones, acusarán la injusticia de la suerte que hace ricos y pobres, los que se enriquecen y los que vegetan, y que estas comparaciones les irritarán, les harán hostiles.

No obstante, las cosas siguen así, por razón de la fuerza, hasta el día que el patrono ve que se forma el sindicato para contrarrestarla.

El sindicato es para el trabajador la libertad. Por fin, se va á tratar de igual á igual con el patrono.

Al formarse el sindicato, el patrono es presa de un acceso de ira. El pensar que no será más el dueño absoluto, le saca de quicio. ¿Discutir con los obreros? Nunca. Y busca la manera de romper la creciente organización.

Entonces, todos los resentimientos que anidaban en el corazón del obrero que ha entrevisto la ostentación y riqueza del patrono, estallan con tanta más violencia cuanto más han estado comprimidos. El cordero, de repente se transforma en lobo.

Y esto explica el porqué aquellos obreros hayan atacado los edificios cuya vista ha incitado su odio tanto tiempo. Son los símbolos que es preciso destruir; piensan en el símbolo de la autoridad que oprime y desconoce el derecho de todos al bienestar común.

H. HARDUIN

(*Le Matin*, 7 Abril de 1903.)

*Así como la «caballera andante» fué echada á pique por el genio de Cervantes Saavedra, las religiones positivas desaparecerán del mundo ante la piqueta demolidora de la Ciencia.*

## Hambre

Todos, ó casi todos los periódicos publican la noticia.

Dice así:

«El Gobernador civil ha recibido un oficio de la delegación... comunicándole que este centro de vigilancia ha intervenido en un suceso lastimoso.

Trátase de una familia habitante en la calle de..., número..., que, presa de la más espantosa miseria y sintiendo ya los terribles efectos del hambre, fué hallada á punto de perecer cuando el delegado, avisado por un vecino, se presentó en la mencionada casa.

En el cuarto, totalmente desprovisto de muebles, hallábanse echados al suelo Vicente..., de cuarenta años, albañil sin trabajo; su mujer Dolores y dos niños de nueve y once años.

Todos los individuos de esta desgraciada familia encontrábanse medio desnudos.

En los primeros momentos fueron socorridos con caldo, pan y leche, que los niños devolvieron dolorosamente, por no encontrarse en condiciones de digerir. Tal era el estrago que el hambre había causado en las pobres criaturas.

El gobernador se propone socorrer á la desgraciada familia, compuesta, según nuestros informes, de honradísimas personas.»

Aparto los ojos del suelto y miro instintivamente al calendario.

1900.—4, Miércoles, Febrero.

1900.—Siglo XX de cristianismo.

¡Siglo XXI!... ¡Cuántos progresos en el andar de centenares de años!

La imprenta ha perpetuado el pensamiento; el vapor ha acercado todos los pueblos; el telégrafo y el teléfono transmiten la palabra á través de inmensos espacios.

La medicina hace maravillas, la cirugía realiza prodigios.

Hombres, ¿para qué tantos esfuerzos, para qué los desvelos y las luchas que todo eso representa, sino para garantizar la vida?

¡Vivir, vivir! Esa es la finalidad de todo. Si no es el progreso fuente de la vida, no es nada.

Guarda la imprenta el secreto de lo que fué, para que aprendamos en ello á huir de lo que en otros tiempos hizo la vida amarga ó la secó en flor.

Acerca el vapor los pueblos para que se acerquen con ellos los medios de vida y la abundancia de los unos compense la escasez de los otros.

Transmite el telégrafo y el teléfono el pensamiento para avisarse más rápidamente las necesidades, y más rápidamente procurarse los remedios.

La medicina, la cirugía, la ciencia toda, ¿qué son sino el perpetuo requerimiento á la vida, la repulsa constante de la muerte?

Pero aun, ¡ay!, el pan no llega á todos; pero aun, ¡ay!, mientras el agiotista suspende la circulación del grano, procurando la carestía de lo que en realidad sobra, mueren de hambre familias enteras; pero aun, ¡ay!, corren desigualmente las aguas de la riqueza, que encharcan el palacio y dejan seca la cabaña.

¿Cómo es posible que os tengáis por dignos hijos de vuestro siglo, cuando no maldecís la desigualdad que subsiste, á pesar de los esfuerzos realizados por la humanidad para destruirla?

El hecho de que puedan aun morir en las ciudades, en medio de la vida, familias hambrientas, ¿no significa que se os ha olvidado lo principal?

La persistencia de mal tan grave ha de bastar á la historia del porvenir para confundir vuestro siglo entre los siglos bárbaros.

Hay un tema de discusión que está antes que todos, y es el tema del hambre.

Parlamentarios, académicos, ateneístas, cuantos decís preocuparos del progreso humano, ahí tenéis la primera preocupación, ahí tenéis la primera labor; ahí tenéis la obra más urgente: hacer imposible el hambre.

Un trabajador honrado, una mujer honesta, unos niños inocentes, pueden morir de hambre en nuestra sociedad tan bien organizada, con instituciones fastuosas, con ejércitos que luchan y ejércitos que rezan, con administración complicada, con tribunales que velan por la justicia.

No me digáis que la familia no ha muerto, que ha sido socorrida. Basta que haya sentido hambre, basta que deba á la limosna la vida á que le dió la naturaleza indiscutible derecho.

Habéis formado la sociedad reduciendo al hombre á la impotencia. Un salvaje no muere de hambre, porque tiene el derecho de apropiación y todo es suyo.

En buena hora que hayáis despojado al hombre del omnímodo poder de su voluntad y de su fuerza. Pero si no habéis hecho eso en beneficio de todos los despojados y en nombre de la equidad, ¿con qué derecho pedís sumisión?

Ese padre que se deja morir y deja morir á los suyos sin protesta, es un envenenado por vuestros principios, es un amedrentado por vuestras amenazas.

Si no lo fuera, le habríais encerrado ya en vuestros presidios, porque os hubiera parecido un insulto su insubordinación á vuestras ineficaces leyes.

Yo tenía una libertad, os puede decir el hombre hambriento, era mío en otras edades cuanto alcanzaba mi brazo y aseguraba mi fuerza. Se ha formado la gran sociedad de la civilización y del derecho, y he renunciado á mis bosques con todos sus peligros,

pero también con toda su caza y todos sus frutos; he renunciado á mi vida sin leyes y he tirado mi maza de piedra, mi espada de granito, mi onda, mi arco y mi flecha y mi pica de hierro y hasta las propias armas del moderno arte. Vivo desarmado. He renunciado á mi poder. He dado á la inactividad de esa civilización mis energías físicas y quizá hasta mis virtudes morales; pero lo he dado, lo he cedido todo, me he entregado su prisionero á cambio de algo, á cambio de mayor bienestar, á cambio de mayor seguridad de mi vida y la de los míos.

Donde se enmarañaba el bosque, se levantan hileras de palacios. No son míos. Las fieras no me acometen; pero el hambre llama á mis puertas y no puedo defenderme de ella, porque me lo habéis prohibido. Todas las ventajas de vuestra civilización son para unos pocos, que á título de dirigirme sólo me explotan. Rompo el trato, devolvedme la libertad que me habéis arrebatado, volvedme al bosque de donde me sacasteis.

Vuestra civilización no me permite esperar el porvenir. Es tan desigual, que me hace tornar con envidia los ojos al pasado.

Esto podría decir el hambriento, y habrían de bajar la cabeza avergonzados, obispos, generales, legisladores y déspotas.

FRANCISCO PI Y ARSUAGA

(De *Preludios de la lucha*.)

En una de las obras científicas más importantes de nuestros días. *Los enigmas del Universo*, se lee: «Comparados á nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie.»

Hæckel, con todo su saber, puede también decir con el autor: «Si no es el progreso fuente de vida, no es nada.»

Al leer aquella declaración no pudimos menos de exclamar: sabios que han desentrañado profundos secretos naturales, que no han temido la excomunió en la hoguera llevando con noble orgullo el dictado de hereje, temen ser declarados rebeldes si dicen la verdad respecto de la usurpación propietaria, respetada por los privilegiados, y por ese temor, que es una debilidad si no es una traición, se perpetúa ese desequilibrio progresivo, que ocasiona tantas declamaciones irracionales contra el progreso. (NOTA EDITORIAL.)

## La libertad

Soy amante fanático de la libertad, considerándola como el único medio en el cual pueden desarrollarse y elevarse la inteligencia, la dignidad y la dicha de los hombres; no de esa libertad toda forma, otorgada, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna, y que, en realidad, sólo representa el privilegio de algunos fundado sobre la esclavitud de todos; no de esa libertad individualista, egoísta, brutal y siempre mezquina y ficticia, que preconizan la escuela de J. J. Rousseau y todas las demás escue-

las del liberalismo burgués, y que considera el llamado derecho de todos, representado por el Estado, como el límite del derecho de cada uno, lo que conduce necesariamente y siempre á la reducción del derecho de cada uno á cero. No; yo entiendo por única libertad la que sea verdaderamente digna de este nombre, la libertad que consiste en el pleno desarrollo de todas las potencias materiales, intelectuales y morales que se encuentran en estado de facultades latentes en cada uno de nosotros, la libertad que no reconoce más restricciones que las que nos han sido trazadas por la leyes de nuestra propia naturaleza; de suerte que, propiamente hablando, no hay ni siquiera restricciones, puesto que estas leyes no nos han sido impuestas por ningún legislador externo, residiendo, sea con nosotros ó fuera de nosotros. Ellas nos son inmanentes, inherentes, constituyendo la base misma de todo nuestro ser, así material como intelectual y moral. En lugar, pues, de hallar en ellas un límite, debemos considerarlas como las condiciones reales y como la razón efectiva de nuestra libertad.

Yo entiendo por libertad de cada uno la que lejos de detenerse ante los límites de la libertad de otro, halla al contrario su confirmación y su extensión en el infinito; la libertad ilimitada de cada uno por la libertad de todos, la libertad por la solidaridad, la libertad en la igualdad, la libertad triunfante de la fuerza bruta y del principio de autoridad, que no ha sido jamás otra cosa que la expresión ideal de esta fuerza; la libertad que, después de haber derribado todas las idealidades celestes y terrestres, fundará y organizará un mundo nuevo, el de la humanidad solidaria, sobre las ruinas de todas las Iglesias y de todos los Estados.

MIGUEL BAROUNINE

(Extracto de *Le Travailleur*, 1871.)

## Una rectificación

La clase obrera tiene generalmente fama de ser refractaria á los progresos industriales, y los que de tal la acusan se fundan en la repulsión con que aquélla ve las innovaciones que en la mecánica aplicada á la industria y á la agricultura se vienen diariamente haciendo.

Considerando el hecho á simple vista, cualquiera daría la razón á los detractores del obrero; mas si profundizamos la cuestión veremos que están aquéllos en un error.

Tal como hoy se encuentra constituida la sociedad, en poder de unos cuantos privilegiados las máquinas y los instrumentos de trabajo, cada nuevo perfeccionamiento introducido en ellos arroja á la calle, y sume por consiguiente en la miseria, á gran número de obreros.

Tomemos cualquier ramo de la industria; por ejemplo, el de la fabricación de calzado para mujeres. Las innovaciones introducidas en este oficio, las nuevas máquinas aplicadas á él, hacen que cien obreros zapateros puedan hacer hoy el mismo trabajo que antes requería el empleo de quinientos. Como las necesidades del consumo no han aumentado, queda forzosamente sin trabajo un ochenta por ciento del número de obreros empleados antes en zapatería. Natural es que éstos, al encontrarse sin trabajo, renieguen de la invención que les ha sumido en la miseria.

Y lo que decimos del ramo de zapatería puede aplicarse á todos los de la industria.

El empleo del vapor en la fabricación de tejidos de algodón suprimió un noventa por ciento de los obreros que antes se necesitaban para una cantidad dada de trabajo. De aquí la inquina con que los tejedores á la mano miraban á las fábricas de vapor y hasta los conatos de incendio que contra las mismas hubo en un principio.

Nuestros filántropos, los periodistas burgueses en general, cada vez que se presenta una de esas crisis industriales que dejan sin ocupación á gran número de brazos, piden á gritos un remedio que al parecer tienen estereotipado: el de la apertura de obras públicas, así municipales como provinciales y nacionales, en que encuentren empleo los brazos que no puede ocupar la industria.

Mas los que tal piden no consideran que el obrero industrial es de todo punto incapaz de manejar un barreno, un pico, un azadón ó una pala, y que las más de las veces no sirve ni aún para llevar una carretilla de tierra, trabajo que no obstante puede hacer un muchacho que esté acostumbrado á él.

En las diferentes crisis por que ha pasado la industria en España de treinta años á esta parte, nunca hemos visto que las obras públicas fueran un remedio para aquéllas; para lo único que han servido ha sido para dar ocupación á los trabajadores agrícolas, gente de suyo avezada á las fatigas del campo, contribuyendo en gran manera al alza de sus jornales, alza que á su vez ha contribuído á elevar el coste de los productos alimenticios, de tal modo, que el precio de la alimentación ha duplicado en las grandes ciudades en estos últimos veinte años.

De manera que lo que ha sido un bien para los unos ha sido un perjuicio para los otros, gracias á la falta de solidaridad que en nuestra actual organización existe entre los trabajadores de los diferentes ramos de la producción.

Las obras públicas municipales que se han inaugurado siempre á raíz de esos trastornos políticos á que en España damos el nombre de revoluciones (1), nunca han curado ningún mal; sólo han servido para aumen-

tar la deuda de los Municipios haciendo que éstos invirtieran en ellas cantidades diez veces mayores que las necesarias, gracias al empleo de numerosas brigadas de personas al rudo trabajo del brávero, personas que apenas transportan al día una docena de espuelas, medio vacías, de tierra á veinte metros de distancia.

El día en que las máquinas y las herramientas, en vez de ser propiedad de un centenar de explotadores, sean usufructuadas, como es justo, por las colectividades obreras que se sirven de ellas, las cosas pasarán de muy distinto modo. Los perfeccionamientos introducidos en ellas, lejos de ser un mal, como hoy, para dichas colectividades, serán un bien para las mismas. Así como hoy cada uno de estos perfeccionamientos suma por más ó menos tiempo á cierto número de obreros en la miseria, contribuiría á mejorar su condición, permitiéndoles disminuir las horas de trabajo, puesto que podrían producir igual cantidad de éste en menos tiempo.

A fin de conseguir, dada la actual organización de la propiedad, que continúe ocupado el mayor número posible de brazos, los obreros no tienen hoy otro medio que pedir la disminución de las horas de trabajo á medida que las máquinas se vayan perfeccionando, del mismo modo que nuestros industriales pedían el aumento de derechos arancelarios á medida que la fabricación extranjera podía ir dando sus géneros con más baratura que la nuestra. Una vez que las colectividades obreras hayan tomado en usufructo sus respectivos instrumentos de producción, ellas serán las primeras en tratar de perfeccionarlos á fin de poder satisfacer con menos horas de trabajo á todas las necesidades del consumo.

Entonces podrán convencerse sus detractores de hoy, de que lejos de ser enemigos del progreso industrial, son los trabajadores ardientes partidarios de este progreso. — G.

## Guerra, guerrero

Los guerreros son tan numerosos como las olas del mar, cuando Orión desencadenado las levanta, ó que las espigas que amarillean en los campos de Licia ó en los que baña el Hermus.

(Virgilio, *Enéida*.)

Decís que los guerreros no son, ni con mucho, tan numerosos como las olas de los mares ni como las espigas de los campos, pero añadís que ya obraban en tiempo de Virgilio, y surge la pregunta: en definitiva, ¿para qué sirven los guerreros?

Los motivos de colisión son siempre los mismos entre todas las criaturas: los hombres se batían por la tierra, por las mujeres